

ACADEMIA COSTARRICENSE CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA



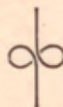
HOMENAJE

— A —

DON MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

EN EL IV CENTENARIO DE SU NACIMIENTO
CELEBRADO EL 16 DE OCTUBRE DE 1947

82



Imprenta Nacional
San José de Costa Rica
1948

01

CD
92
C. 419a
C.E.

La Academia Costarricense Correspondiente de la Española de la Lengua, siente profunda complacencia en tributar este cordial y modesto homenaje, a uno de los genios más excelsos que ha producido el género humano: don Miguel de Cervantes Saavedra, el más grande de los grandes escritores españoles, el incomparable autor del **Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha**, libro extraordinario, inmortal y universal.

En extremo satisfactorio es para la Academia Costarricense que su primer acto público, celebrado después de su reorganización reciente, sea para honrar la memoria del hombre que ha dado a España gloria insuperable en el mundo de las letras.

San José, Costa Rica, 16 de octubre de 1947.

9818



DULCINEA DEL TOBOSO

Por Joaquín Vargas Coto

De carne y hueso, allí está don Quijote, lo que, para el propósito de este entretenimiento, vale decir que allí tenemos al hombre.

Este hombre mira discurrir los días en que consume su existencia comiendo su olla cotidiana en lo que se va buena parte de su hacienda; el resto de ella no la puede conservar completa, que no de otra parte ha de salir para vestir y calzar, festejar alguna vez a los amigos, acudir a compromisos y acorrer a imprevistas necesidades que nunca faltan.

Sea este hombre quien fuere, lo cierto es que no fué creado tan sólo para comer y dormir. Quien dijo comer dijo ganar lo comido con esfuerzos del brazo o del cerebro, en las mil formas distintas que para ello se conocen, y que a todos nos son obligatorias pues hasta del mismo cura suele decirse que de lo que canta yarta. Pero si eso fuera

todo, poca diferencia habría entre él y el borrico que paca en los prados; entre él y el jilguero que llena de trinos la montaña; entre él y la ballena que surca los mares. Allí en donde esté el hombre, haciendo su oficio, ejerciendo su industria, cantando como el pájaro o sembrando en las eras; viva en su patria, al arrimo tibio de su hogar o en extrañas tierras, bajo la luz de nuestro cielo tropical o en los países de la niebla y del frío, allí en donde esté, ni un instante habrán de abandonarle sus pensamientos ni sus esperanzas, sus recuerdos ni sus imaginaciones. Ora caviloso y preocupado, o ya alegre y desentendido, el divagar de su imaginación será con él, por los oscuros dédalos de la desesperanza y del duelo, o en ese inquieto vuelo imaginario que persigue a las huidizas y encantadoras quimeras.

En eso está el soplo espiritual y eterno de la vida del hombre que ha de dejar, como estela de su tránsito por el mundo, el libro, la estatua, la máquina, la sinfonía, el gesto heroico, la revolución, el anatema, la bendición, el ejemplo, la idea, o, por lo menos, el recuerdo en quien lo quiso o lo compadeció. Su legado material o su herencia espiritual, antes de ser cosa manifiesta o capaz de herir el sentimiento ajeno, fué con-

cepción de su mente, fué ensueño de su alma, brotó en su espíritu bajo la luz fecunda de su inteligencia.

Así es como está completo el ser humano: carne y huesos, y llama espiritual.

Aquí habíamos de llegar. Desde el momento en que nos presentan al hombre, un hidalgo, al desflorar el primer capítulo, ser que vive en un lugar de cuyo nombre no es preciso el recuerdo, hasta el momento en que, aperada la cabalgadura, requeridas las armas, puesto ya el pie en el estribo y decidido el viaje, da un objeto a su empresa. Es en el último párrafo de este capítulo inicial, ya al mirar hacia el campo que le tienta lo que de aventurero tiene en su alma, cuando surge Dulcinea.

Reina de todos los hombres, saludémosla con los versos de Góngora:

«Señora de mis pobres homenajes,
débote amar, aunque me ultrajes.»

Ella es resumen y fin de todos los ideales, encarnación de todos los sueños, por quien es leve el sufrimiento, y el esfuerzo, si rudo y tenaz, juego deleitoso. Y que allá piense el señor Cura, hom-

bre docto graduado en Sigüenza, lo que de mí quiera; allá diga lo que dijere maese Nicolás, el barbero; allá urda Sansón Carrasco mil intrigas para hacerme desistir de mis propósitos. Ellos, y los demás, ténganme por loco; y véngase en pos de lo que a mi vera pueda rebañarse, el buen Sancho, de quien habré de hacer el más famoso de cuantos escuderos acompañaron a caballero andante. Y hágase el mundo mangas y capirotés, que el hombre va a lo que va, que ya puso en Dulcinea los ojos de su cara, y más que éstos, los de su alma embelesada. La lleva en sí, guardada en su pecho, refugiada en su corazón, y a ella se consagra para servirla; y por alcanzarla habrá de caminar a sol y agua, de día y de noche, sin pan y con sed, así le salgan lobos por los caminos.

Ya tiene una razón, un objeto, un propósito y un fin su vida.

Esa imagen ideal, de nombre a su parecer divino, será compañera que no habrá de abandonarle ni en el bien ni en el mal. Tal vez jamás alcance sus besos, ni siquiera el encanto de su sonrisa; tal vez no escuche el eco dulce de su voz, y ya verá, por experiencia dolorosa, que cuando llegue a tenerla al alcance de la mano los enemigos encantadores habrán de transformarla en

rústica lugareña apesetosa a ajos. Pero no sale ella de la mente ni se extraña del corazón. No la ahuyenta el dolor, ni el placer la borra; penando que esté con los más crueles martirios, el corazón la pide, la imaginación la busca y halla en su soñada y peregrina belleza alientos y consuelo. Ebrio de dicha que se halle, su recuerdo habrá de acrecer el goce y hacerlo más hondo y prolongado. Sombra inseparable, ser íntimo del propio ser, guía de los pasos y norte director en los caminos, ella será la que señale la ruta en mares y desiertos, por el monte y por el llano, a través de la aldea o por medio de la ciudad bulliciosa.

Y va el Caballero de la Triste Figura haciendo su jornada, cayendo aquí y levantando allá, sin que Dulcinea se le aparte de los pensamientos. Ella, la moza labradora de muy buen parecer, puede estar lejos y del todo ajena a aquella enloquecedora devoción, aechando trigo tras las bardas de un corral, andrajosa y desgredada, en tratos con mozos o con arrieros, sean de Yanguas o de Alcalá. Para el enamorado siempre estará vestida de rico y de fino, bordando y tejiendo con cañutillos de oro. Siempre habrá de verla como la flor y la espuma, surgiendo ante sus ojos en cada vuelta del camino, apareciendo en los resplandores

primeros de la aurora, recostada, en la concavidad de una nube, formándose con las luces de los crepúsculos, o vagando en las sombras nocturnas a la media luz de las estrellas.

¿Y dónde están el magín seco, el corazón de piedra, la agostada fantasía o el yerto espíritu de un ser humano, para que en ellos no esté presente Dulcinea, hecha ideal, ansia, pasión, desatino, ambición y deseo? Que no somos sino Quijotes, cada uno a su manera, cada cual con aquella que es luz de sus ojos, tormento de sus desvelos, fugitivo espejismo, dulce enemiga que ni se da ni se alcanza.

Para éste, Dulcinea es la riqueza de dorados perfiles; para el otro el poder, corona sobre las sienas y púrpura sobre los hombros; para aquél, una mujer, embeleso de sus ojos o frenesí de sus sentidos. Consuelo suspirado es del que sufre; esperanza del ambicioso; gloria del artista, mesa coimada para el glotón, vino en bien llenas y panzudas jarras para el sediento, verdad para el investigador, piedra filosofal para el mago; y para la humanidad entera, mañana más alegre y mundo mejor. Porque, ¿quién no la vió un día pasar por frente suyo, sonriente, incitante, llamativa y provocadora?

Tras sus pasos, sobre su huella, va el desfile eterno. Desde que la razón empieza a tejer sinrazones en el alma hasta que la muerte viene y apaga todos los hervores, es un lento y penoso vagar por los campos de esta Mancha que es la vida del hombre. Y antes que fuera Don Quijote y para que lo fuera, habían sido los Bernardo del Carpio y Cid Ruy Díaz, y los Belianises y los Amadis. Y habrían de verse en todo su camino las ventas transformadas en castillos, los molinos en gigantes, los rebaños hechos ejércitos; a cada paso serán las obras de encantamiento; y las más duras realidades, como por ensalmo, se convertirán en sueños o cosas de nonada.

Tropezar hoy, a la vuelta del camino, con unos descastados arrieros y darse con ellos de trancazos o aguantar la lluvia de sus bien dirigidos guijarros; mañana vencer al de los Espejos y enviarlo a rendir pleitesía a su ideal señora; caer después derrotado a los pies del de la Blanca Luna y quedar a su merced; velar las armas junto a un pozo, en medio de un patio estrecho de ventorro de mala muerte, mientras ladran perros a la luna y se escuchan las medio contenidas risas de los plebeyos; retirarse a la Peña Pobre, dar zapatetas en el aire y tumbas la cabeza abajo y los pies en lo

alto; oír lamentos de enamorados, historias dolorosas de cautivos, relatos de pastores, predicar a cabreros, consolar a tristes, padecer hambre y sed, sufrir heridas y desgarrones, caminar entre sombras y alguna vez dar de narices contra los muros de la iglesia. Verse una noche revolcado por la piara, asistir a las opulentas bodas de Camacho, oír la rendida serenata de Altisidora, hacer un bello y magistral discurso, montar el Clavileño, reírse y llorar, ser estropajo y ludibrio, verse aclamado en el palacio de los Duques, dar consejos al Gobernador, sentirse solicitado amorosamente, admirado de pequeños y apludido de grandes, cuidado de damas como lo fuera Lanzarote, entretenido por las artes del redomado Maese Pedro con su retablo y con su mono, y así, verse ahora arrebatado hasta las cimas de la gloria, ora hundido en los abismos del infortunio. Llena el alma de esperanzas, admirar en el horizonte los más bellos espejismos y de pronto, entenebrecerse el ánimo, desmayarse la voluntad, quebrarse los entusiasmos, decidirse a vivir y morir en la soledad, renunciar a todo, a comer pan a manteles y a folgar con la reina.

Llegar así, entre risas y llantos, derrotas y victorias, a un día en que ha de encontrarse, cuan-

do menos lo espera, con que es llegado el fin y acabamiento de la andanza, y con que vuelve la serenidad del alma. Es la hora de llamar a la Sobrina y sentir como el juicio se va despejando y poniéndose libre y claro, sin sombras caliginosas. Ver cómo se desvanecen los disparates y embalecos que enturbiaron los días y pusieron desvelo en las noches, pedir albricias por tornarse de Don Quijote de la Mancha en Alonso Quijano, el Bueno, dictar el testamento y, en remate, dar el espíritu.

Cayó don Quijote en lo hondo de la tumba. Lo pintó, para eterna memoria y gloria de nuestra lengua española Miguel de Cervantes.

De quien no sabemos el fin es de Aldonza Lorenzo, la moza de buen parecer de la aldea manchega. No sabemos de ella cómo, cuándo ni dónde murió.

En cambio, de la sin par Dulcinea del Toboso ya ni nuestros padres, ni nosotros, ni nuestros hijos, ni los hijos de nuestros hijos, nos desprenderemos nunca. Que ella tiene vida inmortal; la descubrió Cervantes como norte y guía de la alocada ilusión del mejor caballero andante que vieron los tiempos, y sigue flotando delante de los ojos de los hombres, huyendo frente a ellos, sonriéndoles e incitándolos, siendo su ensueño y su esperanza

inacabables, y atrayendo a la humanidad entera hacia siglos más dichosos, como aquellos que evocara, entre un grupo de cabreros y al pie de una esbelta encina, el señor de peregrino ingenio que, a la luz de las estrellas, en buena paz y compañía, compartiera la rústica cena de los sencillos pastores.

Edad dichosa y siglos dichosos serán aquellos entrevistos en el profético discurso que comienza con parecidas palabras a las que aquí repetimos:

Quieran los cielos en los venideros tiempos, cuando otra generación rememore el quinto centenario del nacimiento de Cervantes, y diga su loa en esta misma maravillosa lengua que apenas balbucea el que ahora tanto se honra en hablarlos, vivan nuestra patria y el mundo los felices días de esa edad deseada. Que en ella den los panales su miel a todas las bocas; que ofrezca naturaleza, como en la edad entrevista por el buen caballero, abundantes sus sazonados frutos; que la justicia impere en tal modo, entre los pueblos y los hombres, que no haya guerras ni disputas porque se ignorarán estas dos palabras: tuyo y mío. Que entonces puedan los hombres, a su gusto y sabor, sin penas ni sobresaltos, comer su pan, compartir sus frutas, beber su vino, cada uno en su propio vaso, y apa-

centar sus ensueños mirando cómo al fin el Caballero de la Triste Figura alcanza los besos de la sin par Dulcinea. Y en cada sitio ameno de la graciosa naturaleza, de valle en valle y de otero en otero, por donde vaguen las doncellas descuidadas la admiración humana consagre en bronce, en mármoles y en palabras al que mereció que las generaciones lo señalaran, por siempre y sin par, como el Príncipe de los Ingenios españoles.

LA MUERTE DEL IDEAL

Por Moisés Vincenzi Pacheco

Va de viaje Don Quijote
a lo largo de La Mancha,
a la caza de aventuras
con el pobre Sancho Panza.
Quiere luchar por la gloria
en consorcio con la fama
en tanto va el escudero,
sin saber lo que esperaba,
de Don Quijote burlándose
a lo largo de La Mancha...

El Caballero predica
con sentenciosa palabra,
sus puritanas ideas
por las llanuras de España.
Y le contestan con burlas,
en nombre de la ignorancia,
sus elogios de la pluma,
su discurso de las armas...

¡Va de viaje Don Quijote
por las tierras más lejanas,
encarado con molinos
y aventado por sus aspas!
¡Don Quijote va de viaje
llena el alma de esperanzas!
¡Oh glorioso Caballero
burlado por una España!
Nos recuerdas aquel loco
crucificado en el Asia,
por la divina locura
de redimir a las razas...
¡Oh Caballero magnífico,
oh Caballero sin tacha!

Sufro yo cuando tú sufres
salivazós en la cara,
porque también he cruzado
los caminos de La Mancha,
sufriendo los sinsabores
que tú sufriste en España;
las burlas de los beocios
lo mismo que sus pedradas...

Y al sufrir cuando yo miro
que ya se oxida tu espada

sobre el dolor de los hombres,
el llanto moja mi cara;
hago cruces en las sombras
y se arrodilla mi alma...
y veo en torno del mundo
tu cabizbajo fantasma,
llorando sobre los pueblos
que despedazan las armas...

¡Ya estás muerto, Caballero
y en cuatro siglos cabalgas!
Pero los Duques no han muerto,
ni los que burlan tu fama,
sin ser siquiera los Duques
que jabonaron tus barbas...
Los cuatro siglos que montas
donde la gloria está sola
añorando tu añoranza...

En los infolios perdidos
te llevan a las montañas,
y en los brazos de las aspas,
—¡oh Caballero bravo!—,
te está esperando la Raza,
esa Raza que es gigante
en las llanuras de España;



esa España que es la madre
del ideal y la fama...
porque los hombres que loan
tu grandeza sobrehumana,
ignoran las valentías
que te donara mi España...

¡Ya estás muerto, Caballero!
Y aunque en la Historia cabalgas,
sólo el rescoldo nos queda
de tu espada y de tu lanza...

CERVANTES

Por Ricardo Fernández Guardia

España y todas las naciones de que ella es madre y hablan su hermosa lengua, celebran en este mes de octubre de 1947, el cuarto centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes Saavedra, el literato de quien más se enorgullece nuestra raza, por haber escrito un libro maravilloso, el más humano, el único que puede ostentar el título de universal; porque no es hiperbólica ponderación decir que todo hombre que habla un idioma civilizado conoce su existencia, o cuando menos el nombre del protagonista. Hasta para los que ignoran los personajes bíblicos, los de Homero y los de Shakespeare, el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha no es un desconocido; y resulta curioso notar que al revés de lo que sucede con los otros genios de las letras, el vulgo conoce menos el nombre de Cervantes que el de su obra

cumbre, por ser ésta de una grandeza tal que eclipsa a su creador.

Aún en los países de habla española la mayoría de las gentes se contentan con saber que Cervantes escribió el Quijote, que era pobre, manco y estuvo en la cárcel; pero es lo cierto que si alguna vida merece ser conocida y estudiada hasta en sus menores detalles es la de Miguel de Cervantes Saavedra. A medida que en ella nos adentramos, crecen la admiración, el respeto y la simpatía que inspira el hombre desvestido de la gloria literaria; porque Cervantes no ha menester de indulgencia en lo privado, como otros grandes escritores, ni de que se le perdonen pecados en aras de su genio. Fué bueno, caballero y honrado a carta cabal, y a este respecto no se le equipara ninguno de sus rivales del Siglo de Oro, con excepción de don Francisco de Quevedo.

Fué además la personificación de las virtudes de su raza en la época en que ésta había llegado al apogeo de su grandeza. Era por los cuatro costados un buen español de su tiempo. Si hubiese nacido cincuenta años antes, habría figurado sin duda en las filas de los Conquistadores de América; pero tan sólo llegó a tiempo para tomar parte en la última epopeya, a las órdenes del último

paladín. La mañana del 7 de octubre de 1571 lo sorprende abrasado de fiebre a bordo de la galera **Marquesa**. A los gritos de que el enemigo está cerca se levanta y acude tambaleando sobre cubierta. Viéndolo en tan mal estado, sus jefes y compañeros lo instan para que regrese a la cama. Cervantes contesta con romana sencillez: «¿Qué dirán de mí, si no hago lo que debo?»; y no sólo no accede a sus ruegos, sino que reclama para sí el puesto de mayor peligro. Don Quijote no se habría portado de otro modo. Obtiene lo que pide y en el lugar que se le asigna una bala de mosquete le rompe la mano izquierda y otras dos le agujerean el pecho.

Quien así supo combatir por su Dios y por su Patria; quién más tarde, cautivo de los turcos en Argel, dió repetidas pruebas de audacia temeraria, del más sereno valor y de la más noble abnegación, era digno de ser padre del más esforzado, gentil y generoso de los caballeros andantes. El heroísmo del cautivo cristiano se impuso a la admiración de los bárbaros y le salvó la vida. No se atrevieron a quitársela, como tampoco habrían osado atentar contra la de don Alonso Quijano si a éste le hubiese dado la ventolera de buscar aventuras en tierra de infieles.

Veinticuatro años tenía Cervantes cuando contribuyó a desbaratar en Lepanto la escuadra de Alí Bajá, con cuya derrota se puso un freno al poderío del Islam, que amenazaba destruir la civilización cristiana. El joven soldado que al día siguiente de la terrible batalla tuvo la honra de que le visitase don Juan de Austria en el lecho en que yacía desangrado y de oír de boca de este digno hijo de Carlos Quinto palabras de encomio y de aliento, había hecho ya también sus primeras armas en el campo de las letras. Los versos que escribió en su adolescencia habían circulado en Madrid y merecido elogios. Cervantes pudo aprovechar su talento poético para quedarse en España, viviendo a la sombra protectora de alguno de los grandes señores que por ostentación daban de comer a los ingenios menesterosos; pero la sangre hidalga que bullía en sus venas y la noble ambición que lo animaba pedían independencia, aventuras y peligros. A Italia fué a buscarlos y en las bellezas artísticas de este país privilegiado, en la dulzura y alegría de su vida libre encontró los goces con que soñaba y en la jórada de Lepanto los peligros y la gloria de las armas, la más grata para su corazón de soldado.

La batalla de Lepanto y el cautiverio de Ar-

gel son los capítulos heroicos de la vida de Cervantes. El primero, que sólo duró algunas horas, es alegre y brillante como la victoria misma, no obstante la sangre derramada; el segundo, muy doloroso y sombrío, se prolonga durante cinco años; pero en tan dura escuela adquiere su alma ese temple damasquino que habrá de permitirle sobrellevar con estoica resignación e inalterable buen humor, los embates de una adversidad incansable.

Rescatado por los mercedarios, Cervantes volvió a España para seguir luchando con la pobreza, que fué su compañera inseparable desde la cuna hasta la tumba. La esperanza de que su heroísmo y sufrimientos habrían de tener alguna recompensa, pronto se trocó en desengaño; y como ya los entusiasmos juveniles se habían desvanecido, colgó la espada para volver a esgrimir la pluma con que había de ganar en el ocaso de su vida una victoria más famosa aún que la de don Juan de Austria en Lepanto.

Pero antes de que llegara este glorioso día, qué de congojas y desdichas. Cervantes arrastra una existencia dolorosa. Se gana afanosamente el pan como recaudador de impuestos y tributos. En el desempeño de oficio tan impopular, logra sin embargo, hacerse de admiradores y amigos fieles.

En sus constantes peregrinaciones y tratos con el pueblo descubre los secretos del corazón humano y adquiere esa risueña filosofía con que está amasado el **Quijote**. Si no hubiese recorrido cien veces las aldeas y fraternizado con labriegos, su mente no habría forjado de modo tan admirable la panzada, socarrona y regocijada personalidad de Sancho.

Medio siglo de vida contaba Cervantes, cuando su mala estrella lo llevó a la cárcel de Sevilla. En las de Castro del Río y Madrid había estado ya, aunque pocos días. ¿Por qué fué a la cárcel, confundido con criminales, hampones y rufianes aquel hidalgo incapaz de cometer una mala acción? Por lo que a ella iban en aquellos tiempos muchos hombres honrados que tenían la desventura de ser pobres. Por no poder pagar sus deudas. De su pluma habían salido ya **La Galatea**, comedias, entremeses y versos escritos en medio de sus andanzas y tribulaciones. Con todo, Cervantes tan sólo era uno de tantos ingenios de aquella época tan fecunda para las letras españolas que había llegado al otoño de su vida sin haber producido nada que pudiera calificarse de obra maestra.

Y era que la gestación de la novela inmortal,

que había de llevarlo al pináculo de la gloria literaria, había venido haciéndose silenciosa y lentamente en su cerebro. Esta obra portentosa tan sólo aguardaba ya para nacer, que el hombre que la había engendrado encontrase un punto de reposo, aunque fuese dentro de los muros de una cárcel. En la de Sevilla comenzó Cervantes a escribir la primera parte del **Quijote** en 1597, pero ésta no fué publicada hasta ocho años más tarde.

Si la faena había sido larga, el triunfo fué instantáneo y completo. Las ediciones se multiplicaron; el nombre de Cervantes, hasta aquel momento más o menos ignorado, estaba en todas las bocas y su libro en todas las manos. Ni antes ni después del **Quijote** ha despertado una obra literaria tanta curiosidad ni aplauso tan unánime, y el acierto de este juicio lo ha confirmado y enaltecido la posteridad. La ola de admiración invadió rápidamente hasta los últimos rincones de España, y, salvando las fronteras, fué extendiéndose por toda la Europa civilizada. Un caballero del séquito del Embajador de Francia en Madrid, exclamaba algunos años más tarde, al enterarse de que Cervantes era viejo, hidalgo y pobre: «¡Y a tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado por el Tesoro Público!» Lo que oído por otro francés le replicó: «Si la



necesidad ha de obligarle a escribir, quiera Dios que nunca tenga abundancia, para que sus obras, siendo él pobre, hagan rico a todo el mundo.»

De un salto se había colocado Cervantes por cima de todos los grandes ingenios de su tiempo, con un libro sin precedentes, de una sencillez encantadora, sin afeites literarios y de una belleza tal que rivaliza con las grandes obras de la naturaleza. Decir, como lo han dicho algunos, que así como Cristóbal Colón no supo que había descubierto un nuevo mundo, Cervantes no tuvo conciencia del valor de su obra, no pasa de ser un error craso. Don Quijote en persona se encarga de corregirlo cuando declara: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia.»

Cervantes fué un sentimental, como lo fué también Don Quijote. En sus obras el amor no respira nunca la sensualidad y va siempre acompañado de los más delicados sentimientos. De su vida erótica no se sabe casi nada. Además del nombre de su esposa, doña Catalina de Palacios, la insensible y tosca hidalga que no supo hacerlo feliz, tan sólo ha llegado hasta nosotros el de la mujer que le inspiró el gran amor de su vida, de

la que fué madre de su única hija doña Isabel de Saavedra. Ana Franca de Rojas se llamaba la Dulcinea de Cervantes; pero más afortunado en esto que el rendido Caballero de los Leones, logró ver correspondida su pasión.

Bendigamos la memoria de Ana Franca por haber amado a Cervantes; bendigamos a la mujer en cuyo regazo cariñoso reclinó su frente cargada de genio y pesadumbres; a la mujer que le brindó los goces de la paternidad. Quienquiera que fuese Ana Franca, el amor de Cervantes la inmortaliza, como el de Don Quijote a la rústica aldeana Aldonza Lorenzo.

Pero no es creíble que Cervantes se enamorase de una mujer vulgar, como lo hizo su héroe, ofuscado por la demencia. Antes bien es de suponer que Ana Franca de Rojas era discreta, soñadora y tierna, capaz de comprender al hombre que la amaba y de estimarlo como se merecía. Séanos también permitido imaginar que era bella, que sus ojos eran grandes y verdes como los de la niña de las Rimas de Bécquer y sus manos idealmente finas, como las de la Dama Desconocida que pintó Pantoja de la Cruz.

Ana Franca no vivió lo bastante para gozar del triunfo de Cervantes. Los días de gloria ha-

bían llegado para éste en la vejez, pero no así los de felicidad. Lo abrumaba siempre la pobreza, y a los sinsabores domésticos vino a sumarse la malevolencia de los muchos envidiosos; pero nada lo lastimó tanto como la surpechería del Quijote de Avellaneda, autor anónimo cuyo verdadero nombre es todavía un secreto; pero que sólo pudo ser un bellaco que tuvo la vileza de insultar al anciano y heroico soldado de Lepanto, por lo cual hizo bien en ocultar su nombre, librándose así de que la posteridad lo clavase en la picota de los malos. La venganza de Cervantes fué digna de su magnanimidad. Dió a la estampa la segunda parte de su **Quijote**, que vino a superar lo que parecía insuperable.

Es tan gigantesca la obra maestra de Cervantes que, como se ha dicho ya, hace sombra a su autor y con mayor razón a las demás que brotaron de su pluma, aun cuando todas están marcadas con el sello del genio. Entre éstas puede citarse más de una, como las **Novelas Ejemplares**, que bastarían para que su nombre, aun sin el **Quijote**, hubiese pasado a la posteridad con los de los más ilustres escritores de su época.

El vigor y la frescura juvenil del cerebro de Cervantes fueron verdaderamente extraordinarios y

agotarlos no pudo ni el parto prodigioso del **Quijote**. De la mano que con tanto denuedo había empuñado la tizona en la jornada de Lepanto, no cayó hasta el postrer aliento la pluma que escribió el libro que será leído con admiración y deleite mientras subsistan hombres sobre la tierra.

